

tano, para afirmarse en su fuerza contra sus adversarios de la corte. Christian era un agente el mas á propósito para todas estas intrigas, y habia llegado á formar una liga de sectarios que profesaban los principios los mas rígidos de religion y moral, y los cortesanos *latos** que no conocian ninguno.

En medio de las vicisitudes de una vida entregada á las intrigas durante la cual sus proyectos ambiciosos y los de Buckingham le hicieron atravesar muchas veces el Atlántico, Christian se gloriaba de no haber perdido nunca de vista su objeto principal, la venganza que deseaba tomar de la condesa de Derby. Mantenía una correspondencia íntima y seguida con la isla donde habia nacido, de modo que tenia noticia del menor acontecimiento que ocurría en ella; no perdía ninguna coyuntura en que pudiese excitar la codicia de Buckingham, y de inspirarle el deseo de hacerse dueño de este

* La secta de los *latos* ó latitudinarios no era en realidad una secta, pues que su principal ley era no reconocer ninguna: profesaban una especie de escepticismo en moral como en religion. — Ed.

reinecito, haciendo pronunciar el falso título del actual propietario. No le era difícil mantener el espíritu de su protector en una especie de fermentacion sobre esto, porque la imaginacion de Buckingham hallaba un cierto atractivo en la idea de venir á ser un monarca aun en una pequeña isla; y era, como Catilina, tan envidioso de las propiedades de los demas como pródigo de las suyas.

Pero solo despues de la descubierta de la llamada conspiracion de los papistas, fué cuando los proyectos de Christian se aproximaron al estado de madurez. En esta época se llegaron á presentar los católicos tan odiosos á la vista del pueblo inglés demasiado crédulo, que, con la denuncia de los delatores de profesion, desecho de la raza humana, se daba crédito á las acusaciones mas atroces contra personas del mas alto rango y de la reputacion mejor fundada.

Christian no dejó de sacar partido de este momento. Estrechó su intimidad con Bridgenorth, con quien habia siempre conservado relaciones, y logró inducirle á secundar todos

sus proyectos, que, á los ojos del mayor, estaban inspirados por el honor y el patriotismo; pero al tiempo que adulaba á Bridgenorth con la esperanza de hacer una reforma completa en el Estado, de poner un término á la corrupcion de la corte, de aliviar la conciencia de los no-conformistas que gemian bajo la opresion de las leyes penales, de arreglar todo lo que estaba desarreglado en el dia; al tiempo que le mostraba tambien en perspectiva el placer de vengarse de la condesa de Derby y de humillar la casa de Peveril, de la que tantos ultrajes habia recibido el mayor, no se descuidaba en reflexionar al mismo tiempo acerca del modo como podia sacar partido para sí propio de la confianza de su crédulo cuñado.

La beldad extremada de Adelaida Bridgenorth, la fortuna considerable que el tiempo y ahorros habian proporcionado al mayor acumular, designaban á esta joven como un partido apetecible para reparar los bienes menoscabados de algun cortesano acreditado; y Christian se gloriaba de que podia conducir es-

ta negociacion de modo que la hiciese ventajosa para sí mismo. Pensaba encontrar pocas dificultades en persuadir á Bridgenorth le confiara el cuidado de su hija, porque se le habia metido en la cabeza á este desgraciado padre, al punto que nació Adelaida, que su presencia era un goce mundano de que su conciencia debia acusarle. Por eso tuvo Christian poco trabajo para convencerle de que el deseo concebido por él de casarla con Julian Peveril, con tal que pudiera conseguir adoptase este sus opiniones politicas, era un compromiso criminal con sus propios principios. Circunstancias recientes le habian hecho saber que Debora Debbitch se habia hecho indigna de su confianza é incapaz de custodiar un depósito tan precioso, y el mayor aceptó con gusto y agradecido la proposicion obsequiosa que le hizo Christian, tio materno de Adelaida, quien se obligaba á ponerla en Londres bajo la proteccion de una señora de alto rango, por todo el tiempo que él se ocupara en las escenas sangrientas y desastrosas que debian ocurrir pronto, segun él creia con todos los buenos protestan-

tes, á causa de la insurreccion general de los papistas, á no ser que los previniera el pueblo inglés con medidas prontas y enérgicas. Confesaba tambien su temor de que la ternura de padre no enervase la fuerza de su brazo levantado en defensa de su pais; y le costó poco trabajo á Christian alcanzar del mayor la promesa de abstenerse por cierto tiempo de pensar en su hija.

Christian pues que esperaba le sería confiable su sobrina por el tiempo que necesitara para la ejecucion de sus proyectos, trató de reconocer el terreno consultando á Chiffinch, quien, por su experiencia bien conocida en la política amorosa de la corte, se le presentaba como el mejor consejero que pudiera escojer en ocasion semejante. Pero siendo este digno personage el proveedor efectivo de los placeres de Su Magestad, y, por consecuencia, el que se hallaba mas en su gracia, creyó de su deber sujerirle otro proyecto distinto de aquel sobre que le pedia parecer. Juzgó que una muchacha dotada de atractivos tan exquisitos como Adelaida, merecia mejor participar del afec-

to del alegre monarca, juez tan excelente en materia de bellezas, que casarse con algun cortesano disipador. Haciendo despues justicia á su propio mérito, pensó que no le iria mal por esto, sino que al contrario no podría menos de aumentarse su fortuna de todos modos, si Adelaida Bridgenorth, ex-favorita del monarca, despues de un corto reinado como el de los Gwyns, los Davis, los Roberts y otros mas, acabara con venir á ser lisa y llanamente mistress Chiffinch.

Despues que hubo este sondeado á Christian, viendo que la esperanza de sacar un provecho considerable de este plan de iniquidad no le permitia resistirse á la primera propuesta que de él le habia hecho, entró en mayores detalles, guardándose no obstante muy bien de darle á conocer el desenlace que se proponia. Hablóle del favor que debia ganar la bella Adelaida, no bajó el punto de vista de un capricho pasagero del monarca, sino como que debia ser el principio de un reinado tan largo y memorable como el de la duquesa de Portsmouth, cuya codicia y genio dominante, se-

gun se creia, comenzaban á fastidiar á Carlos II, aunque lo muy acostumbrado que ya estaba con ella, no le permitia sacudir el yugo.

Cuando ya estuvo este contrato decidido, se mudó la escena, y se vió resultar, en lugar de una intriga subalterna entre un zurcidor de gustos y un tío despreciable, que tramaban la ruina de una doncella inocente, un negocio de Estado, en que se trataba de hacer despedir á una favorita que disgustaba, y de formar despues un cambio en las disposiciones del rey con respecto á muchos particulares, en que se hacia temible la influencia de la duquesa de Portsmouth. Bajo de este punto de vista fué como se presentó este proyecto al duque de Buckingham, quien, ya por sostener su genio galan y audaz, ya por satisfacer un capricho imaginado, habia tenido la osadia de hacer una declaracion amorosa á la favorita reinante, quien la desechó de un modo tan extraño que jamas pudo él perdonar.

Pero no bastaba un solo proyecto para ocupar el genio activo y emprendedor del duque.

Se imaginó un apéndice á la conspiracion de los papistas, para tener en él un pretexto de acusacion contra la condesa de Derby, persona de quien la parte crédula del público podia sospechar con mas facilidad fuese cómplice de la llamada conspiracion, en razon de su caracter y de su religion. Christian y Bridgenorth tomaron á su cargo la comision peligrosa de ir á prenderla en el seno mismo de su reinécito de Man, y tenian para ello órdenes secretas que no debian manifestar sino en caso de salir con la empresa.

Salió infructuosa esta tentativa, como saben nuestros lectores, gracias á los preparativos de defensa que con presteza hizo la condesa; ni Christian, ni Bridgenorth pensaron fuese nada político venir abiertamente á demostraciones hostiles, aun revestidos con la autoridad del Parlamento, contra una muger que habia probado no detenerse en tomar las medidas mas decisivas para conservar en seguridad su soberania feudal. Reflexionaron con prudencia que la *omnipotencia* misma del Parlamento, término tal vez algo exagerado, pero que se

usaba entonces, podía ser insuficiente para ponerlos á salvo de las consecuencias personales que podrian resultar del aborto de una empresa.

Pero no habia oposicion que temer en el continente de la Gran-Bretaña; y Christian estaba tan bien informado de todo lo que pasaba en la pequeña corte de la condesa de Derby, es decir, en lo interior de su castillo, que Julian hubiera sido preso al instante mismo de desembarcar sin el temporal que habia forzado al capitan de su barco poner el rumbo para Liverpool. Christian, con el nombre de Ganless, le halló allí sin pensar, y le salvó de las garras de Tofam, de sus testigos timoratos, con el intento de asegurarse de las cartas que llevaba, y aun de su persona, si lo juzgara necesario, para tenerle á discrecion: proyecto difícil y peligroso; pero quiso mas arriesgar esta empresa que dejar á los agentes subalternos, siempre prontos á levantarse contra los que estaban ligados con ellos, la gloria de haberse apoderado de la correspondencia de la condesa de Derby. Era, por

otro lado, importante para los proyectos del duque de Buckingham, que sus misivas no pasasen por las manos de un oficial público cual Tofam, quien, á pesar de la necia importancia que se daba, era hombre recto y de buenas intenciones, antes que hubiesen padecido la revista de una comision especial, donde se hubieran podido cortar ciertos pasages, suponiendo que nada se hubiese añadido. En una palabra, Christian, llevando su intriga particular por lo que se llamaba la gran conspiracion papista, obraba como el ingeniero que, para dar movimiento á un resorte oculto, emplea la fuerza de la máquina de vapor construída para otro fin muy diverso. Habia pues resuelto en consecuencia, sacar toda la ventaja posible de las descubiertas que contaba poder hacer, y de no consentir que nadie partiese con él, ó tratara de poner obstáculo á sus proyectos de venganza.

Chiffinch que habia querido convencerse por sí propio de los encantos de esta hermosura tan ponderada, habia ido de intento al conda-
do de Derby para verla, y habia quedado muy

prendado cuando, despues de haber asistido en la capilla de los no-conformistas de Liverpool á un sermon que duró dos horas, y que, por consecuencia, le proporcionó el tiempo necesario para un examen reflexivo, habia llegado á deducir que no habia visto jamas un talle mas seductor ni un rostro mas encantador. Confirmado ya con el testimonio de sus ojos cuanto se le tenia dicho antes, fué á la pequeña posada, sitio donde le habia citado Christian para venir á encontrarse con él en compañía de su sobrina, y donde los esperó, lleno de confianza en el buen éxito de su plan, disponiéndose á recibirlos con un aparato de lujo que segun él, debia causar una impresion favorable en la imaginacion de la joven educada en provincia. Hallóse algo sorprendido, y chasqueado, cuando vió llegar á Christian acompañado de Julian Peveril en lugar de Adelaida Bridgenorth, á quien esperaba ser presentado aquella misma noche. Esto era para él un contratiempo notable, porque le habia costado mucho triunfar de su indolencia ordinaria, hasta el punto de alejarse de la corte para juz-

gar por sí propio si Adelaida era ciertamente un prodigio de hermosura, como lo suponía su tío, y si era una víctima digna del altar en que pensaba sacrificarla.

Una consulta breve que tuvieron los dos dignos confederados, les hizo adoptar el plan de robar á Julian las cartas que llevaba, por haberse negado Chiffinch absolutamente á tomar parte alguna en arrestarle, considerando que él no estaba cierto de que esta diligencia fuese del agrado de su amo.

Christian tenia tambien algunas razones para abstenerse de tomar una medida tan decisiva. Le parecia que no seria del agrado del mayor Bridgenorth, y era muy conveniente tenerle contento. Tampoco era precisa porque las cartas de la condesa eran de mucha mayor importancia que la persona de Julian. Era sobre todo inutil porque, como Julian iba al castillo de su padre, verosimilmente seria preso en él junto con los demas sospechosos, de quienes Tofam, en virtud de su mandato, estaba encargado de apoderarse: y porque no dejarían de concurrir las denuncias de sus infames

compañeros. Bien lejos de recurrir á violencias contra Peveril, tomó con él un tono amistoso, y como que aun le advirtió se guardase de los otros, para no hacerse sospechoso de haber concurrido al robo de sus cartas. Verificóse la tal maniobra por medio de un narcótico echado en el vaso de Julian, cuyo efecto fué causarle un sueño tan profundo que no tuvieron los confederados dificultad alguna en ejecutar su proyecto nada conforme á las leyes de la hospitalidad.

El lector está ya bien al corriente de los sucesos del día posterior. Chiffinch partió para Londres, encargado de las cartas robadas á Julian, visto lo mucho que importaba entregarlas cuanto antes al duque de Buckingham; y Christian fué á Moultrassie para encargarse de Adelaida que se le entregaria por mano de su padre para llevarla á Londres, habiendo consentido su cómplice en renunciar el deseo de volver á verla hasta que llegase á dicha ciudad.

Christian habia empleado toda su destreza, antes de separarse de Bridgenorth, para per-

suadirle se quedara en Moultrassie-Hall. Aun habia pasado los límites de la prudencia, porque á fuerza de insistir en este punto, habia suscitado en Bridgenorth algunas sospechas de que apenas podia darse razon por que las formaba, y que á pesar de todo no le permitian tranquilizarse enteramente. Siguió pues á su cuñado á Londres, y el lector ha visto los artificios de que se sirvió Christian para determinar á este padre imprudente al abandono de su hija entre las pérfidas maquinaciones del protector que habia creído darle.

Con todo eso, Christian, reflexionando su empresa, no dejó de reconocer que caminaba cercado de mil peligros. Temblaba pensando en la inconstancia presuntuosa y genio atolondrado de Buckingham, en el poco juicio é intemperancia de Chiffinch, y en las sospechas del tétrico y fanático Bridgenorth, quien ni por eso dejaba de ser honrado y sagaz.

— Si estuvieran todos mis instrumentos en estado de impeler sus resortes particulares, decia él para sí, ¡cuan facil me seria vencer todos los obstáculos que se oponen á mis pro-

yectos! pero con máquinas tan endebles , tan inactivas , cada dia , cada hora , cada instante , estoy expuesto al riesgo de ver que se desploma una columna y sepultarme en las ruinas. Sin embargo , si no tuvieran estos defectos de que me quejo , ¿ cómo hubiera yo adquirido sobre ellos este poder que los hace mis agentes pasivos , aun cuando parece que obran con la mayor decision ? Si , nuestros fanáticos tienen razon en algun modo cuando sostienen que todo sucede por lo mejor.

Puede parecer extraño , que en medio de todos los motivos de temor que agitaban á Christian , la idea de que la virtud de su sobrina podria ser el escollo donde viniera su navío á estrellarse no se le presentaba sino rara vez y con muy poca fuerza ; pero era un malvado resuelto , un libertino endurecido , y , bajo de estas dos consideraciones , no creia en la virtud del bello sexo.

CAPITULO III.

Que de memoria poco digno.
Fué Carlos rey, os lo concedo :
Mas supo beber buen vino,
Al amigo tambien estimó tierno.
D^r WALCOT. *Peter Pindar*.

Londres , este vasto centro de toda especie de intrigas , reunia entonces en su recinto de vapores sombríos , el mayor número de los personajes que hemos presentado hasta la presente en escena.

Uno de ellos , Julian Peveril , cuando llegó